

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 14 DE JUNIO DE 1931

NUM. 24



EL PROFETA DANIEL

EL PROFETA DANIEL

Daniel, cap. 5.

El rey Belsasar hizo un gran banquete y mandó que trajesen los vasos de oro y de plata que Nabucodonosor su padre había traído del templo de Jerusalem.

En aquella misma hora salieron unos dedos de mano de hombre y escribían delante del candelero sobre lo encalado de la pared del palacio real, y el rey veía la mano que escribía.

Entonces se demudó de su color, y sus pensamientos lo turbaron y desatáronse las ceñiduras de sus lomos y sus rodillas se batían la una con la otra.

El rey clamó en alta voz que hiciesen venir magos, Caldeos y adivinos. Habló el rey y dijo a los sabios de Babilonia: Cualquiera que leyere esta escritura y me mostraré su declaración, será vestido de púrpura y tendrá collar de oro a su cuello; y en el reino se enseñoreará el tercero.

Entonces fueron introducidos todos los sabios del rey y no pudieron leer la escritura, ni mostrar al rey su declaración.

Pero Daniel respondió, y dijo delante del rey: Tus dones sean para tí, y tus presentes dalos a otro. La escritura yo la leeré al rey, y le mostraré la declaración de la escritura esculpida: Mene, Mene, Tekel, Upharsin.

La declaración del negocio es: Mene: Contó Dios tu reino, y halo rematado.

Tekel: pesado nas sido en balanza, y fuiste hallado falto.

Peres: Tu reino fué roto, y es dado a Medos y Persas.

Entonces, mandándolo Belsasar, vistieron a Daniel de púrpura, y en su cuello

fué puesto un collar de oro, y pregonaron en él que fuese tercer señor del reino.

La misma noche fué muerto Belsasar, rey de los Caldeos.

Y Darío de Media tomó el reino, «siendo» de sesenta y dos años.



LA MUERTE DE UN GRAN MUSICO

Cuando el célebre compositor Jorge Federico Haendel, autor del himno Alegría, hija de Sión, del Mesías, los Macabeos, y otras piezas de renombre universal se hallaba en su lecho de muerte en Abril de 1759 y sentía que su fin se aproximaba, hizo que su fiel criado Juan le leyera el Salmo 91. Terminada la lectura, dijo:

—¡Eso es hermoso! Es un manjar que satisface y conforta. Léeme más; léeme el capítulo 15 de la primera epístola a los Corintios.

Juan volvió a leer. Varias veces le interrumpió el enfermo, diciendo:

—Para, dí eso una vez más.

Después de un rato hizo que le leyeran del himnario de su madre el himno favorito de ésta:

—Estoy seguro en mi fé que me une con Cristo. ¿Quién puede arrebatarme este tesoro que su sangre y muerte me conceden? Su fiel palabra lo confirma; por esto dice mi fé: seguro estoy.

Los labios del enfermo acompañaban la lectura en voz baja, repetía las palabras que sabía de memoria y después dijo:

—Oh, qué bueno es, estar tan seguro de su fé. Cuán hermosa es la iglesia evangélica con su predicación de la gracia li-

bre de Dios en Cristo como esperanza del pecador. Si tuviéramos que confiar en nuestras obras, ay, Dios mío, que sería de nosotros. Todo lo que tenemos de bueno. ¿no es todo ello un don de Dios? Pero lo que se recibe como regalo, no puede uno envanecerse de ello, como si fuera un mérito. ¿Es qué hemos hecho todo lo que podíamos y debíamos hacer? Si Dios no se apiada de nosotros, ¿cuántas cosas nos acusan? Si no fuera verdad la palabra de la gracia, ¡adiós, esperanza! Cuando yo era joven, me han querido hacer católico en Italia. Señor, Dios mío, te doy infinitas gracias que en aquella ocasión me ayudaste a no entrar en la red; porque en ese caso ahora no tendría esperanza. Realmente el Dr Martín Lutero ha descubierto el verdadero evangelio, que en la fé en Jesucristo tenemos la salvación por gracia. A esta gracia me agarro con ambas manos.

El deseo de Haendel, varias veces expresado de morir en el día de la muerte de su Salvador, le fué cumplido.

El viernes santo este miembro fiel de la Iglesia evangélica durmió en el Señor, exhalando su último suspiro diciendo:

— Señor Jesús, recibe mi espíritu. Haz que muera y resucite contigo.

Su sepultura en la abadía de Westminster de Londres está señalada con un hermoso monumento.

Está representado en tamaño natural delante de un órgano y en la mano tiene una hoja de música en la que claramente se lee:

«Sé que mi Redentor vive.»



LOS DOS REMOS

Junto a un río de Escocia vivía un barquero que ganaba su vida pasando de una a otra orilla a los transeuntes.

Era un hombre que hablaba poco, pero observador y reflexivo, que leía mucho la Biblia y daba entero crédito a las verdades que tan divino libro contiene y enseña.

Entre sus habituales parroquianos había dos grandes parlanchines, a quienes sus negocios obligaban a pasar el río el mismo día de la semana y a la misma hora.

Uno de ellos tenía formada la más alta idea de la pureza de sus creencias, porque insistiendo exclusivamente en la doctrina de la salvación gratuita, no hacía el menor caso de las obras, a las cuales por el contrario su compañero atribuía un valor absoluto.

Su conversación recaía constantemente sobre doctrina tan controvertida, hasta que el barquero se cansó de oír dar a las palabras «fe» y «obras» un sentido tan falso, que destruía por completo la armonía que la Escritura establece entre la creencia y la práctica.

Agotada al cabo su paciencia, el anciano sintió la necesidad de tomar parte en la discusión.

No dijo una sola palabra, pero ideó un medio adecuado para dar una lección a los contendientes.

Sobre uno de los remos pintó en negro la palabra «fé»; sobre el otro la palabra «obras».

Cuando los que solían disputar estuvieron dentro de la barca y que ésta se en-

contraba en medio de la corriente, el barquero soltó uno de los remos y se puso a remar fuertemente con el otro; la barca giró sobre sí misma, mas no adelantó un sólo paso, lo que causó gran espanto a los dos pasajeros.

—Tomad el otro remo—le gritaron enfurecidos.

—Bueno—respondió tranquilamente el barquero, y dejando el remo de que se servía, púsose a remar con el otro, sin obtener mejores resultados.

Los dos amigos creyeron que el anciano se había vuelto loco. Este, después de haber prolongado un poco su palabra escrita en cada remo.

—He puesto en práctica vuestro método—dijo al uno—y el vuestro también—añadió dirigiéndose al otro—pero me he convencido de que ninguno de los dos valen nada. Ved ahora el mío. Y cogiendo ambos remos hirió con ellos a compás el agua, y la barca se dirigió rápidamente hacia la orilla.



LA VIUDA DE ZEHRA

El kadí Benbegir de Zebra encontró un día a una mujer que llevaba delante de ella su asno; la infeliz iba llorando amargamente.

—¿Por qué lloras, pobre mujer?

—¡Y tan pobre como soy!—respondió ella—este asno, el saco vacío que conduce sobre su lomo y los vestidos que me cubren son único resto de mi caudal; lo demás me lo ha quitado el Califa.

—¿Y en qué consistían tus bienes?—preguntó Benbegir admirado.

—Era dueña de una vieja alquería, heredada de los antepasados de mi difunto marido y de los míos; la estimábamos más que a todas las cosas de este mundo; habíamos nacido allí; habla tenido principio nuestro amor en ella; estando ya moribundo mi buen marido, me encargó que cuidase de que nuestra heredad no pasara a otras manos que a las de nuestro hijo, quien acaso en estos momentos vierte su sangre por un señor que arrebató a su madre cuanto poseía.

—¿Y por que te quitó el califa tu tierra?

—Porque quiere edificar en él una casa de recreo.

—¡Dios mío! ¡Teniendo tantos palacios y quintas, por solo el capricho de tener una más despoja a esta pobre mujer de su hacienda! Pero ¿te habrá dado una indemnización?

—¿Indemnización? ¡Ninguna! En un principio me ofreció una corta suma, más como no quise vender mi campo que tanto amaba, me lo arrebató violentamente.

—¿No le hiciste presente tu miserable situación?

—Me postré ante él, bañando sus pies con mis lágrimas y pedí y rogué, diciéndole todo lo que el dolor y la desesperación me inspiraron.

Los sollozos no dejaban continuar a la pobre viuda.

—¿Y tus ruegos nada consiguieron?—volvió a preguntar compadecido el kadí. Me rechazó con la mayor dureza.

Benbegir alzó los ojos al cielo, exclamando:

(Concluirá)